

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Domingo, 17 de Enero de 2010



TRIGESIMOSEXTO CAPÍTULO. PARADA SOLICITADA.

El relato que se disponen a leer, el que yo os voy a contar en esta ocasión, como muchos otros de los que ya forman parte de esta serie, La barca de Caronte, está basado en unos hechos reales que ocurrieron a finales de los años noventa, en un día muy frío de noviembre, y ocurrió en uno de los lugares más lúgubres y tétricos de nuestra España mítica y misteriosa: el cementerio de La Almudena, en Madrid. El relato que escuché se contó en forma de historia, pero yo lo quiero poner en primera persona. Simplemente, porque me parece más adecuado, y aporta una perspectiva quizás más íntima, más personal, y más impactante. Espero que lo disfruten. Un abrazo a todos.

Lo cierto es que nunca pensé, nunca, que pudiera experimentar lo que aun hoy no acierto a comprender. Supongo que es lo que conlleva el trabajar a determinadas horas, en determinados lugares. Lo que os quiero contar, os lo cuento sobre todo, a modo de desahogo. Ni mis compañeros, ni la Policía, ni los investigadores a los que me he dirigido, ninguno han logrado siquiera escucharme con seriedad y respeto. No creo que haya nada por lo que reírse de todo cuanto contaré. Supongo que, como lo he vivido en primera persona, y aunque no sé lo que vi o lo que experimenté, sé que lo vi y que lo experimenté, no soporto que se me tome por un loco o un tonto. Aunque yo también lo he llegado a pensar, pero, a pesar de todo, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de mí mismo: contra los hechos no hay argumentos.

Cuando la Empresa Municipal de Transportes (EMT) de Madrid me destinó con el urbano de la línea 110, me alegré bastante, ya que hasta entonces estaba destinado a las líneas de Barajas y zona centro, y a veces tenía que trabajar hasta altas horas de la madrugada. Trabajar de noche no me ha gustado nunca, aunque si lo he tenido que hacer, lo he hecho sin problemas. Pero los horarios de la línea 110 me venían mucho mejor. Que hacia las nueve y media de la tarde llegues a casa es un lujo. Era un lujo para mí. Nunca me percaté del todo, de que el final de la línea acababa en el Cementerio de La Almudena. A decir verdad, no le dí ni la más mínima importancia. De todos es sabido que los cementerios es territorio santo, y no tiene por qué pasar nada. Allí todos descansan en paz. Al menos, eso era lo que yo pensaba. Ahora, lo sigo pensando, pero con algún matiz importante.

Todos los días, la línea se llenaba de gente mayor, anciana, que llevaba flores, o por algún motivo, se bajaba en el cementerio. Con el paso del tiempo, comprendí que aquella línea no era fácil. Es más, hoy pienso que es una de las más difíciles de todo Madrid. Sí, hay que ser coherentes, y pasar por Vallecas, Carabanchel u Hortaleza, no es tampoco demasiado agradable. Yo no hablo de las vistas, hablo de lo que no se ve. Es decir, hablo del ambiente que se respira durante todo el trayecto. Parece como, si a medida que el autobús se acerca al cementerio, todo parece congelarse. Esto fue lo primero que me estremeció. La gente que iba en el autobús, parecía como si, de repente, hubiera agotado su conversación, como si fuera obligado guardar silencio. Era como si un profundo respeto se transmitiera en forma de aire, y todo el mundo lo respirara sin remedio. En ocasiones, la situación se tornaba muy dura. Transportaba familiares de difuntos que iban a ser enterrados ese mismo día. Parece macabro, pero uno termina por acostumbrarse al lamento continuo, lánguido y prolongado de viudas, madres y amigos. Uno entra en contacto con la muerte a la manera de Caronte, pues transporta almas al otro mundo. ¿O acaso no es eso un cementerio: el mundo de los muertos? Nunca pensé en la muerte ni en todo lo que conlleva, pero desde que comencé en esta línea, no tuve más remedio que meditar sobre todo ello. Sin embargo, nunca he llegado a obsesionarme. Eso es contraproducente, y más que ayudar, perjudica la mente y el sosiego espiritual que cualquier persona necesita para vivir.

Sin embargo, y cuando ya nada me sorprendía, cuando yo tenía ya todo asimilado en mi situación, comencé a ver y a experimentar sensaciones y visiones para nada normales. Una de las tardes de verano, cuando uno desea terminar el trayecto lo más rápido posible para darse un placentero baño, o acudir a la piscina de la comunidad para refrescar el cuerpo, me ocurrió lo que solo fue el inicio de una serie de sucesos. Fue justo al finalizar el trayecto de ida, que culminaba en La Almudena. El autobús se quedó vacío, nadie subió en esa parada. Pero, conforme iba acercándome a la parada de Santa Irene, en la que tampoco había nadie esperando al bus, notaba esa rara sensación que se tiene cuando se está solo, pero algo le dice que no lo está. Estoy seguro de que algo o alguien, no lo sé, estaba sentado en el interior del autobús. ¿Cómo se puede intuir algo que no tiene explicación? Yo sabía que tenía que parar en Santa Irene, aunque no estaba obligado a ello, pues nadie llevaba en el autobús, y nadie había esperando en la parada. Hasta que, llegando al lado de Santa Irene, de repente, suena el sonido clinn... Lo escuché perfectamente. Miré la pantalla indicadora y efectivamente, en letras verdes se había encendido el cartelito Parada Solicitada. No sabía muy bien qué hacer. Por más que miré, no había nadie en el autobús. Por si acaso, paré y abrí el bus. Nadie salió. Nadie entró. Y seguí mi marcha. Mientras me rondaba por la cabeza lo ocurrido, recogí a dos chicas adolescentes en la parada de Santa Felicidad. En el autobús no había nadie, pero una de ellas, de repente, dio un salto hacia el pasillo del bus e histérica, comenzó a gritar: ¡Me han tirado del pelo! ¡Algo me ha tirado del pelo! En cuanto pude, paré. Fui hacia ellas para ver qué había ocurrido exactamente. Estaban pálidas, con la cara desencajada. Una de ellas aseguraba que había visto cómo un ramal del pelo de su compañera se alzaba en el aire ingravido y después, su cabeza dio un espasmo hacia detrás, como si alguien le hubiera tirado del cabello. Lograron asustarme. Recuerdo que me pidieron por favor que abriera las puertas y las dejara allí. Que no querían seguir dentro del bus. Aquella jornada acabó así. Terminé mi trayecto lo más deprisa que pude. Lo conté en la central, pero nadie me hizo caso. Si acaso, algún compañero me consolaba diciendo que era natural que con el calor, el sistema de solicitud de parada se descontrolara. Sí, pero sobre el asunto de la chica a la que le tiraron del pelo, no había explicación racional.

Pasaron los meses, y llegó noviembre. No es un mes muy bonito para conducir en esta línea. En una de esas tardes, una familia enlutada subió y llenó el bus. Pude adivinar que se dirigían hacia la Almudena. Subieron en Francisco Silvela, en la Plaza de Manuel Becerra. Ya me pareció muy raro el que, durante el trayecto, nadie subiera al bus en ninguna de

las paradas intermedias. Cuando llegué a las inmediaciones de La Almudena, ya de noche, esperaba que se encendiera el monitor de Parada Solicitada. Pues no. No sé muy bien desde cuando, pero yo estaba solo en el bus. Mire por el retrovisor y los enlutados ya no estaban. No había hecho ninguna parada durante el trayecto. Y nadie se pudo bajar, por lo tanto. Pero el hecho es que no había nadie en el bus. Paré en La Almudena, y tuve que fumarme un cigarrillo. No podía más. No podía creerlo. Revisé las puertas tanto al interior como al exterior. No podía ser, simplemente.

Desde entonces, yo no conducía con la seguridad de siempre. Sabía que cualquier día, me volvería a ocurrir algo. Lo más espeluznante era cuando ya caía la noche, y merodeaba el bus por las inmediaciones del cementerio. No soy fácil de sorprender, ni de asustar. Pero ante los hechos, no hay argumentos. En otra de esas tardes, cuando ya no había nadie ni en el bus, ni en la parada, merodeaba por el cementerio, y en un golpe de vista, a través del retrovisor izquierdo, vi a un grupo de niños pequeños jugando sobre la acera. Pero lo que más se me quedó dentro, fue lo siguiente: no eran unos niños normales. Recuerdo que todos tenían pantalón corto. Uno de ellos tenía una gorrita y una capa, que me recordaba a Sherlock Holmes, y, sobre todo, y esto fue lo que me terminó de estremecer, uno de ellos hacía rodar un aro con un pasador... es decir, jugaba con algo de principios del siglo XX. Asomé la cabeza por la ventanilla, frené, y no vi nada. La acera permanecía impertérrita, como si lo reflejado en el retrovisor hubiera sido un espejismo. Sin embargo, antes de proseguir, cuando me disponía a sintonizar mi radio favorita... algo captó el sintonizador. Escuché unas vocecillas que tenían musicalidad. Era una canción infantil, pero como si fuera recitada en voz muy baja. Había mucha niebla en el sonido del sintonizador. Aumenté el volumen... y casi me desmayo. Lo escuché con mayor claridad. Cuando alcé la vista del sintonizador... frente a mí, a través de la luna frontal del bus, pude contemplar cómo en el centro de la calle, unos chiquillos formaban un corro y daban vueltas cantando. ¡Y no había nada de cintura para abajo! Era como si flotaran, pero con medio cuerpo. No sé si duró un minuto, cinco o veinte. Lo que sé es que avisé a la policía municipal. Llegaron a los pocos minutos. No me creían. Me escoltaron durante el resto del trayecto. Yo ya estaba al límite de mis fuerzas. Esta línea me estaba consumiendo.

Me hice a la idea de que todo era fruto de mi sugestión. De que todo estaba llegando a unos límites bastante altos. Y seguí trabajando intentado olvidar aquello. Pero supongo que el destino, o lo que sea, se empeña en mostrar su cara más verídica, es decir, se empeña en cumplirse hasta el final. En enero, cayó una enorme bruma, una neblisca importante sobre Madrid. Tan fuerte fue, que no podía superar los 15 km/h de velocidad. Apenas se veía nada. En la parada de Ricardo Ortiz, un anciano vestido elegantemente, elegante pero serio, como de luto, subió. Me preguntó si éste era el bus que llegaba al cementerio de La Almudena. Efectivamente, le dije que estaba en lo cierto. Se sentó justo detrás de mí. Y comenzó a contarme lo que parecía ser, a juzgar por lo que escuchaba a ratos, la historia abreviada de lo que había sido su vida. Sabido es por todos que no hay que molestar al conductor, por eso no le hacía demasiado caso, apenas le prestaba atención. En la parada de Santa Irene el autobús quedó vacío, excepto este anciano, que se empeñaba en seguir dándome la murga. La niebla comenzó a alzar. Cuando nos acercábamos a la parada, el anciano comenzó a comentarme cosas con las que una persona normal podría haberse vuelto loca. Apretó el botón de Parada Solicitada, y comenzó a decir: "Uno nunca deja de sorprenderse. Mira qué vestido lleva mi nuera. Seguro que es el mismo que llevó en la boda de mi hijo Ricardo. Ha llegado el coche fúnebre antes de lo que yo pensaba. Vaya, han venido también mis hermanos de Barcelona. Nunca pensé que vinieran a mi entierro. ¡Qué alegría!"

No me dio tiempo a abrir la puerta del bus. Ya no había nadie detrás de mí. Efectivamente, había una gran cantidad de gente enlutada, con pañuelos en las manos, y expresiones de llanto. Había un coche fúnebre a las puertas del cementerio, y comenzaba a avanzar hacia su interior. Cuando ya me marchaba... me percaté de algo. A unos cincuenta metros de distancia de la comitiva, caminaba solitario un anciano, que a juzgar por su complexión y ropa, no podía ser otro, era el anciano que me había relatado toda su vida, y que utilizó mi bus para acudir a su propio sepelio.

A las pocas semanas de esto me destinaron a otra línea distinta. Supongo que la línea 110 no aguanta a sus conductores habituales mucho tiempo. Uno nunca sabe qué pasajeros transportará en esta línea. Pero estoy seguro de que no todos pertenecen a este mundo. Aunque no termino de comprender nada de lo que me ocurrió. Quizás es que no sea necesario comprenderlo. Ocurrió y nada más. Contra hechos, no hay argumentos.